

## CAPITULO XVII.

**El hambre.—El Castillo Real y el Castillo Lazienki.—Villa-nueva.—Los judíos.**

Como acuden las moscas á un pastel, así acuden, cercan, embisten y devoran los pordioseros de Varsovia á los transeúntes.

Ni en San Petersburgo donde hay muchos mendigos, ni en Moscow donde hay más, ni en parte alguna del mundo, creo que exista el número de desvalidos que hay en la capital de la Polonia.

Se estacionan en las entradas de los hoteles, y apenas se ha puesto el pie en la calle, cuando viejos, mujeres y niños, unos cojos, otros ciegos, otros mancos, arrastrándose el de allá, con baile de San Vito éste, y sobre zancos aquél, se arrojan sobre su presa y no la sueltan.

No se conforman con tender la mano, no, sino que le toman á uno la suya; si se echa á andar ellos andan, y durante calles y calles se escucha sin cesar el coro plañidero pidiendo el kopec para pan; si cruzando rápidamente entre la nube de mosquitos humanos, se sube á un coche y se le grita al cochero que arrée, todos corren detrás hasta perder el aliento, y cuando, porque se han ido quedando en el camino, cree uno que ya está libre, y se enjuga el sudor de la frente y desarruga el ceño, oye de improviso á sus espaldas

una voz quejumbrosa, y ve extenderse una mano sobre la capota bajada de la victoria. Es alguno que agarrado como un mono á la parte de atrás del carruaje, ha seguido al que se fuga demostrándole así su firme resolución de no cejar.

Y hay que darles, porque ¡se ve tal miseria en sus vestidos; está el hambre pintada en sus rostros con tan horribles caracteres; se siente de tal manera en sus miradas y en la entonación de su voz, la urgente necesidad que tienen de ser socorridos, que no es posible verlos y oírlos sin darles algo!

A mí, que me gusta cuando viajo recorrer á pié las calles de la ciudad que visito y que sólo tomo coche en casos de urgente necesidad, no me dejaban vida ni descanso ni dinero aquellas langostas polacas.

Con un respetable cortejo de ellas llegué al Castillo Real, sin que para ahuyentarlas bastaran ni los chillidos de Lemán, ni los gruñidos de Truan, ni la impasibilidad de mi cuñado, ni las miradas de desesperación que yo lanzaba á las alturas demandando el auxilio celestial.

Y cuando al fin penetramos en el inmenso patio del Castillo, cuando creí que empezaba para nosotros la vida y dulzura después de los gemidos y del llanto, nos dijeron que por orden superior se prohibía visitar el interior, y nos indicaron que podíamos retirarnos, no con nuestros honores, sino con nuestros mendigos.

¡Cómo! ¿Tener que renunciar á la ilusión que tenía de visitar aquella residencia de los duques de Mazo-

via; de los Segismundos y Ladislaos; de los Sobieski y de los Poniatowski? ¡Imposible!

—¡Pues yo no salgo de aquí aun cuando me fusilen!—le declaré á Leman y saqué tranquilamente un puro.

—Ofrezca usted otro á ese oficial que nos ha hablado—me contestó rápidamente, y se acercó á él con la más melosa de sus sonrisas,

El oficial tomó el puro y empezó á humanizarse. Leman fué á hablarle no sé á quién, volvió y nos pidió nuestros pasaportes, desapareció de nuevo y regresó al fin con el bendito permiso.

Recorrimos aquellos grandes salones, llenos en otros tiempos de objetos ricos y artísticos y hoy destruidos; vimos en la sala del trono en lugar de los retratos de los reyes Polacos los del Tzar actual y de la Tzarina de Rusia, nos asomamos á la inmensa terraza desde la que se domina toda Varsovia y en la cual en días mejores para la triste Polonia, sus señores legítimos se asomaban y recibían las aclamaciones de su pueblo, libre entonces y feliz.

De aquella época sólo el recuerdo guardan los corazones de los súbditos del Monarca Moscovita, pero arraigado de tal modo, que ni la muerte, ni lo que es aun peor, la esclavitud en que viven, se los ha podido ni se los podrá arrancar.

Un abismo separa al ruso del polaco, y hay en el ser entero de este último, en las graves fisonomías de los hombres, en los altivos y hermosos rostros de las mujeres y hasta en el ademán mismo de los judíos,

tan enérgica manifestación de muda protesta contra el yugo que los oprime, que inspira más que una noble piedad, una profunda y respetuosa admiración.

Véase si no, en estas dos brevísimas cartas, cuál era en 1865 el espíritu de la política rusa y cuál el indomable y firme carácter de los altivos polacos.

La condesa Plater, que vivía en Varsovia, vió á sus dos hijos menores despojados de sus bienes, en virtud de lo dispuesto por la ley agraria que promulgó el gobierno moscovita en 1864.

Dirigió con tal motivo una reclamación al príncipe Tcherkaskoi que respondió así á la queja de la dama:

«Señora;

«Todo lo que hace el gobierno está bien hecho y nadie tiene la facultad de criticar sus actos.

«Procurad educar bien á vuestros hijos, y espero que aun les quedará con qué vivir.

«Tengo el honor, señora, etc.

*Tcherkaskoi.»*

La condesa contestó así:

«Libertad, igualdad y fraternidad, ciudadano ministro.

«En tiempos de comunismo como los que corren, cada uno es libre de obrar como le parezca, y nadie tiene el derecho de mezclarse en los asuntos de otros. «Soy madre y sé cómo debo educar á mis hijos, y

«cuanto hace una madre por sus hijos está bien hecho.

«Salud.

*La Condesa Plater.»*

¡No era un hombre el que escribía esa carta, y la noble polaca no podía ignorar que la Siberia hacía entonces, como hace hoy, que enmudezcan muchas lenguas y que se rompan muchas plumas!

Desde aquella terraza vimos á nuestros pies el campo donde hacen sus ejercicios militares los cosacos.

Es admirable ver á aquellos hombres adheridos al caballo, como si el bruto y ellos formaran sólo un cuerpo, correr en todas direcciones, avanzar, retroceder, saltar obstáculos y zanjas, desaparecer algunas veces bajo el vientre del caballo, y de improviso, en medio de la más loca carrera, detenerse bruscamente como si hombre y bestia se hubieran convertido en estatuas y ya, después, no debieran volver á moverse más.

Contemplamos largo rato las evoluciones de los guardianes actuales del orden en Varsovia, de los humanitarios soldados que, á veces y por una inocente distracción, tienden en las calles más concurridas de la ciudad el rifle, y matan á cualquier transeunte con la misma tranquilidad con que se tragan su rancho.

Esto que refiero no es una exageración; no hace mucho tiempo que leí en un diario de París un tele-

grama relatando un caso, y el mismo día de nuestra visita al Castillo Real, y mientras nos dirijiamos al Palacio Lazienski, uno de esos bárbaros se entretuvo en hacer que Truan mordiera el alma con los dientes, apuntándole con el rifle y sonriendo estúpida-mente mientras ejecutaba su graciosísima maniobra.

La verdad es que, como ignorábamos de lo que erañ capaces, y aún no se había dado el caso que relató después el diario francés, también nosotros nos reíamos de la cara que nuestro compañero ponía, mientras con toda seriedad nos preguntaba:

—¿Es en mí en quien hace blanco ese salvaje? ¡Vaya un gusto!

Por otra parte, esto no es nuevo. En 1863, cuando Murawieff gobernaba en Polonia, los agentes de la policía iban por las calles de Varsovia armados de carabinas y hacían fuego sobre los pacíficos transeuntes que caminaban un poco de prisa, bajo el pretexto estúpido de que eran conspiradores que trataban de escaparse.

Ya se vé, por esto, que la Rusia sabe guardar sus tradiciones y respetar sus costumbres.

Recuerdo que por esa misma época, el director general de la policía daba á sus agentes las instrucciones siguientes, que trajeron como consecuencia el que las calles de Varsovia y los barrios de Cracovia y Praga se vieran tan solitarios, de noche sobre todo, como los vimos nosotros:

1º «Arrestar el mayor número de personas posible; los arrestos deben de ir acompañados de visi-

«tas domiciliarias; á toda persona que tenga papeles  
«con emblemas, cifras ó listas de nombres, debe en-  
«viársele á la ciudadela.»

2º «Arrestar á todos los eclesiásticos que se en-  
«cuentren con frecuencia en la calle; y no se les pon-  
«drá en libertad hasta que no prueben el objeto de  
«su excursión.»

3º «Arrestar á todas las personas que se encuen-  
«tren de noche en la calle.»

4º «Arrestar á todas las personas que lleven gorras  
«de piel de cordero.»

¿Sería porque Truan llevaba una gorra de esa piel  
por lo que el cosaco hacía blanco en su simpática ca-  
beza?

¿Se habrían dado de nuevo por la dirección gene-  
ral de policía y por la Comandancia militar de la Pla-  
za, iguales instrucciones á agentes y soldados en el  
año de gracia de 1906 á las que se dieron en el año  
no menos gracioso de 1864?

Sin duda. A mí, y eso que no soy clérigo, me exi-  
gieron mientras estuve en Varsovia mi pasaporte, lo  
menos diez veces al día, y estoy seguro de que si  
Truan no abandona su querida gorra tan pronto co-  
mo le hice la observación de que por muy negra que  
fuera podía servir de blanco á alguna bala cosaca, es-  
taría yo, en estos momentos, escribiendo su oración  
fúnebre, más bien que loando la imperturbable frial-  
dade de la sangre inglesa y suiza que por sus venas  
circula.



SAN ALEJANDRO.—VARSOVIA.

Al Castillo Liezenski se llega después de haber  
atravesado el hermosísimo parque que lo rodea.

Tardó veinte años en construirlo Estanislao Ponia-  
towski y, comprado después por Alejandro I, es ac-  
tualmente una de las residencias del Emperador.

En una de sus salas, que se llama la sala de Salo-  
món, se vé al rey Estanislao representado en la figu-  
ra del Monarca Israelita, rodeado de su corte y ofre-  
ciendo sacrificios al Señor. La pintura es de Baccia-  
relli.

En un bonito gabinete, el gabinete verde, hay en  
las paredes una colección de retratos de las mujeres  
más bellas de la corte de ese rey, y yo pensaba con

tristeza contemplándolos, en lo efímero y fugaz de las mundanas glorias.

¡Cuántos corazones palparían de amor y de deseo á la vista de aquellos ojos grandes y expresivos, de aquellos labios húmedos y rojos, de aquellos cuerpos esbeltos como un junco!

¡Cuántas veces en aquellos mismos salones, en aquel mismo gabinete, esas mujeres verían rendidos á sus piés entre el bullicio y la alegría de alguna fiesta, el valor y la altivez de aquellos caballeros del galante rey Polaco!

¡Y ahora! . . . ¡Dispersos los huesos en tumbas ignoradas acaso, trocado en polvo cuanto fué grandeza y quedando nada más de ellos, las figuras que en el techo pintó Bacciarelli, vestidas de mogiganga, y de ellas, las efigies que adornan los muros de un gabinete, que enseña á la curiosidad de los viajeros la complacencia interesada y servil de un guardián ruso!

Las mismas ideas me asaltaron cuando visité después en el parque «El Teatro Natural», vasto hemicírculo de piedra entre cuyas grietas crece la yerba y se embarra el musgo aterciopelado; cuando contemplé lo que antes era foro, y entre sus rotas columnas en vez de guirnaldas de flores, ví flotar al viento de la mañana la hiedra entre los escombros, mientras que adheridas á los capiteles se combaban al sol las lagartijas.

No fué menos penosa la impresión que me produjo el Castillo de Villa-nueva.

Está al S. E. de Varsovia, á ocho kilómetros poco

más ó menos de la ciudad, construido sobre una pequeña eminencia y rodeado de un parque en el que hay un lago azul y hermoso que ha formado uno de los brazos del Vistula con sus aguas.

En Villa-nueva murió Juan Sobieski, el paladín de la Cruz contra el poder Bizantino. Se enseña en el palacio un escritorio incrustado de ébano que regaló al guerrero el papa Inocencio XI después de la heroica liberación de Viena en 1693.

El cuarto en que murió Sobieski fué convertido en capilla por la Condesa Potocka.

Hay en el palacio objetos de verdadero valor artístico y pinturas de gran mérito, entre ellas de Rafael, Mengs, del Guido y del Veroneso.

El primer piso es un museo de objetos chinos.

Uno de los Condes Potocki los trajo del Celeste Imperio.

Pero en medio del lujo y la riqueza, se alzan melancólicamente los fantasmas del pasado.

Diríase que sobre la grave fisonomía que muestra Juan Sobieski en sus retratos; que sobre el bello semblante que hace admirar en los suyos la reina María Casimira; y que sobre las elegantes, hermosísimas y desnudas formas que la Condesa Potocka enseña en las pinturas que adornan los techos, con ese inocente impudor que tiene todo lo que es realmente bello y artístico, la mano del pesar ha puesto un sello.

El ceño de Sobieski es más sombrío, la sonrisa de la reina muy amarga y las formas de la condesa se velan entre el polvo.



JUDERÍA DE VARSOVIA.

Quando salimos del castillo era aún temprano y aprovechamos la tarde en ir á visitar el barrio judío.

Hay en Varsovia cerca de doscientos sesenta mil judíos y bien podría decirse *barrios* y no *barrio*, al hablar del lugar que ocupan.

Nada de más repugnante aspecto que las calles angostas y sucias que se cruzan y se enredan formando un laberinto en el sitio en que habitan los hijos de Abraham.

Resbala la luz como con miedo por las leprosas paredes de las casas, y pegándose al muro, fijos los ojos en el suelo ó perdida á lo lejos la mirada, avanzan como sonámbulos los siniestros habitantes de los sórdidos tugurios, á los que penetran deslizándose por el obscuro hueco de las estrechas entradas, con la si-

lenciosa cautela con que se desliza una serpiente en su agujero.

Allá, en el fondo de las sucias tiendas, en las que se amontonan ropas fuera ya de uso por lo viejas, botas sin tacones, porcelanas desportilladas, vasijas de cobre corroídas por el orín y deformadas por las abolladuras, podridos tapices, cofres desfondados y esteras iguales á la que le sirvió á Job en su estercolero, se ven brillar entre las sombras los ojillos de alguna vieja con peluca ó se oye el garraspeo de alguna tos asmática y fatigosa.

Los judíos, grandes y chicos visten el kaftan, especie de levitón negro de tela lijera cuyos faldones les llegan á las corvas, y cuando al caminar, el viento los agita, parecen sus dueños enormes murciélagos volando en busca de los huecos de alguna ruina fantástica.

Así nos parecían vistos á la luz indecisa del crepúsculo, y como aquella noche debíamos tomar el tren para Berlín, y teníamos aún que arreglar nuestro equipaje, apresuramos el paso y salimos de aquellos antros de miseria que empezaban á envolverse en las sombras de la noche que lentamente llegaba....



Eran las once y media cuando nos encaminamos á la estación.

De improviso, al volver una esquina, los carruajes se detuvieron mientras desfilaba ante ellos una patrulla que conducía en su centro un grupo de hombres que, con la cabeza baja y las manos atadas, caminaban resignados y en silencio.

Seguían á los soldados y á los que éstos custodiaban, algunas mujeres, de las cuales tres ó cuatro llevaban niños en brazos, y se podían distinguir á la luz de los focos eléctricos, las pobres cabecitas dormidas siguiendo sobre el hombro de sus madres, con rítmicos movimientos, el compás de la marcha de aquellas infelices.

Pasó el siniestro convoy, y con el corazón oprimido continuamos nuestra marcha.

—¿Qué han hecho esos hombres?—pregunté.

—Deben ser ladrones, —dijo mi cuñado.

—Son prisioneros políticos—nos dijo Lemán en voz baja.

Al llegar á la estación nos anunciaron que el tren arribaría con retardo.

Mientras aguardábamos en la sala de espera, Truan emprendió conversación con el encargado de señalar los boletos á la entrada del andén.

El hombre le refirió á nuestro amigo que los retardos eran frecuentes, y sobre todo de quince días á entonces, porque con motivo del último asalto que había sufrido el tren, y en el que habían muerto dos militares rusos y varios pasajeros, se tomaban grandes precauciones, entre otras, disminuir notablemente la velocidad de los trenes para evitar el peligro de algún descarrilamiento provocado por los terroristas.

Así, quitando un trozo de riel de la vía, había sido detenido quince días antes el tren de que nos hablaba.

Con aquellas tranquilizadoras noticias entramos á nuestro carro dormitorio cuando le plugo á Dios que el tren llegara, y algunos instantes después anunciaba la locomotora con un prolongado silbido su salida de Varsovia.

A las dos de la madrugada, en la frontera de Alemania donde nos despertaron los empleados de la aduana, Lemán, dándole á Truan golpecitos en la espalda, le decía con tono socarrón:

—¡Ahora sí, á dormir con tranquilidad, aquí no hay bombas ni fusiles de Cosacos!

¡Y allá se quedó atrás aquel misterioso país con sus sangrientas historias, con sus incalculables tesoros y su espantosa miseria, con sus iconos cuajados de pedrería y sus harapientos mendigos, con sus palacios suntuosos y sus cárceles sombrías; y el recuerdo de

todo aquello que había visto, se esfumaba y desaparecía entre las brumas del sueño que iba cerrando mis párpados insensiblemente, sin que en aquellos instantes pudiera asegurar á punto fijo si era realidad aquel pasado y me estaba yo durmiendo, ó si todo había sido sólo un sueño y empezaba á despertar.

Berlín, Septiembre, 1906.

Roma, Enero, 1907.



## ÍNDICE.

	Págs.
Capítulo I.—De Berlín á Vilna .....	3
Capítulo II.—De Vilna á Petersburgo.....	12
Capítulo III.—San Petersburgo.....	22
Capítulo IV.—El Palacio de Invierno.....	31
Capítulo V.—Las Catedrales de San Pedro y San Pablo, de San Isaac y de la Virgen de Kazán.	40
Capítulo VI.—Una Magdalena del Tiziano.—El Neva.—Pan y thé.....	50
Capítulo VII.—La casa de Stolypine.....	59
Capítulo VIII.—Pedro el Grande.—El verdugo....	69
Capítulo IX.—Pedro el Grande.—El Ebrio.—El Económico.—El Grande.....	86
Capítulo X.—Moscow.—La Plaza Roja.....	104
Capítulo XI.—La Catedral de San Basilio ó de la intercesión de la Santa Virgen.....	117
Capítulo XII.—El Kremlin.....	122